

NÓMADAS PRISIONEROS

Massimo Cacciari, en rev. *Casabella* 705, 2002

1. La complejidad de la ciudad es atribuible esencialmente a dos factores:

a) la "inercia" insuperable de su dimensión espacial respecto a los factores de transformación y de "movilización" socio-culturales. Es posible establecer una analogía con el lenguaje: también el lenguaje no puede asimilar "en tiempo real" los nuevos significados que la acción común, el universo de la práctica, produce;

b) el hecho que, desde sus orígenes, la ciudad está investida por una doble corriente de "deseos": deseamos la ciudad como "regazo", como "madre", y al mismo tiempo como "máquina", como instrumento; la queremos "ethos" en el sentido originario de demora y morada, y conjuntamente medio, complejo de funciones; le pedimos seguridad y "paz" y a la vez pretendemos de ella una extrema eficiencia, eficacia, movilidad. La ciudad está sujeta a demandas contradictorias. Querer superar tales contradicciones es una utopía perversa, necesidad de darse forma propia. La ciudad en su historia es el perenne *experimento* por dar forma a la contradicción, al conflicto. Ciudad del *polemos*, polis-polemos (como Vico ya enseñaba)

2. Es decir, la historia de la ciudad es la historia de las diversas formas de organización del espacio. No existe LA ciudad, sino sólo LAS ciudades. La polis griega NO es la urbs, tanto menos la civitas; la ciudad mediterránea medieval No es la barroca; la ciudad moderna No es la metrópolis contemporánea, y esta última no es NO es la ciudad que habitamos. La ciudad mediterránea es anti-clásica, no "aplica" ningún esquema ideal, se concreta con el uso, con la determinación de sus funciones. La ciudad moderna constituye una *violenta* superación: ella impone sobre el espacio-tiempo de

la ciudad medieval un Orden a priori, una Forma pre-existente, fundados, cada vez más claramente, sobre la sinergia entre fábrica y mercado, espacio de producción y espacio de intercambio y consumo. El tiempo de la relación producción/consumo regula todos los otros; su lógica viene aplicada a cualquier parte, en la escuela, en el hospital, en el teatro. Podemos hablar de "atracción hipnótica" ejercitada por ella sobre toda función y todo aspecto de la vida colectiva.

3. La ciudad moderna, en su desarrollo metropolitano, *irradia* desde su centro, *trastornando* toda antigua persistencia. Sus instalaciones llegan a ser "casi" del sistema irradiante, a lo largo de los ejes centro-periferia. Pero se asiste a un fenómeno que, desde cierto punto de vista, aparece como irreversible: esta expansión se hace siempre más ocasional, siempre menos gobernada y programable. Cuanto más se dilata la "red nerviosa" metropolitana, cuanto más devora el territorio circundante, más parece extraviarse su "espíritu"; cuanto más potente llega a ser, menos parece estar en condiciones de ordenar-racionalizar la vida que allí se desarrolla. El intelecto metropolitano, su *Nervenleben*, sufre una especie de "crisis espacial" –que es idéntica a aquella que sufre el Estado de Leviatan, el Estado moderno con su soberanía territorialmente determinada. Los poderes que determinan el crecimiento metropolitano fatigan siempre más a "territorializarse", a "encarnarse" en un orden territorial, a dar vida a formas de convivencias legibles-observables sobre el territorio, espacialmente.

(¿Es imaginable un mundo-metropolitano?) En 1950 eran 83 las ciudades con más de un millón de habitantes, de las cuales 49 estaban en países industrializados; hoy son 300; en el 2015 serán al menos 33 las "ciudades" con más de veinte millones de habitantes, de las que 27 estarán en los Países más pobres.

4. La pérdida del "valor simbólico" de la ciudad crece proporcionalmente; asistimos, o nos parece asistir, a un desarrollo sin meta, es decir: literalmente insensato, a un proceso que no presenta ninguna dimensión "orgánica". Es efectivamente la metrópolis del intelecto abstracto, del general *Intellect*, dominado tan sólo por los

“objetivos” de la producción a través de la producción y del intercambio de la mercancía. Es absolutamente “natural” que el “cerebro” de tal sistema considere todo elemento espacial como un obstáculo, un lastre inútil, un residuo del pasado, para “espiritualizar”, para “volatilizar”. Pero, al mismo tiempo, y por la misma razón, esto da lugar a la falta de programación de la “ocupación” del territorio. El territorio, literalmente, no conoce ya ningún Nomos (ya que *Nomos*, Ley, significa en su origen, exactamente, subdivisión-partición-articulación de un territorio o “pasto”, *nomós*, determinado).

5. La ciudad está por todas partes; por consiguiente, ya no hay ciudad (siempre inmensa la literatura dedicada a ello: véase G. Daghini y otros en “Faces”, n. 46, 1999). Ya no habitamos en ciudades, sino en territorios, (territorios de terreo, tener miedo, ¿¡probar terror!?) La posibilidad misma de fijar confines a la ciudad aparece hoy inconcebible, o, mejor, se ha reducido a un asunto puramente técnico-administrativo. Llamamos ciudad a esta “área” por razones absolutamente ocasionales. Sus confines no son más que un mero artificio. El territorio posmetropolitano es una geografía de *acontecimientos*, una puesta en práctica de *conexiones*, que atraviesan paisajes híbridos. El límite del espacio posmetropolitano no más que un dato del confín en el que está junta la red de comunicaciones; man mano que la red se aclara podíamos decir de “salir” de la posmetrópolis, pero es evidente que se trata de un “confín” sui generis: existe sólo para ser superado. Está en crisis perenne.

6. Cierto, existen todavía polaridades en este “espacio”; existen todavía actividades que podemos definir “centrales”, y que orientan entorno a ellas las formas de conexiones, la movilidad, etc. Pero cada vez más estas polaridades pueden organizarse por todas partes. Los “acontecimientos” productos de las decisiones de las instalaciones productivas, comerciales, administrativas, etc pueden localizarse siempre sin tener en cuenta los ejes tradicionales de expansión de la ciudad. Los roles de centro y periferia pueden cambiarse incesantemente. Pero todo lo que llega ocasionalmente, o basado en lógicas mercantiles y especulativas, rechaza toda la

“rejilla” preconstituida de funciones. El territorio persevera en “especializarse”, pero más allá de todo proyecto totalizador. Es verdaderamente la muerte de todas las “codificaciones” del Movimiento Moderno, de su pensar la ciudad como agregación sucesiva de elementos, de la habitación al edificio, al polo funcional, a la ciudad entera como “contenedor de contenedores”. Es la muerte de toda tipología abstracta. ¿Qué significa? ¿Es necesariamente el final de toda “forma” comunitaria, o un proceso de “liberación” de los vínculos que lo caracterizaban? ¿Es *Nervenleben* des-encadenado, o intelecto general capaz de “retomar terreno” de forma diferente a la del pasado, libre de todo lo fijo, arraigamiento terrícola? En otros términos: ¿el territorio posmetropolitano es la negación de toda posibilidad del *lugar*, o podrán “inventarse” lugares propios del *tiempo* en el que su vida parece estar resuelta?

7. Debemos afrontar esta paradoja filosófica y estética.

La energía que desencarcela el territorio posmetropolitano es esencialmente des-territorializadora, anti-espacial. Cierto, es posible afirmar que este proceso estaba ya en marcha con la metrópolis moderna, pero sólo hoy tiende a manifestarse completamente. Toda métrica espacial es tenida en cuenta como un obstáculo a superar. Cualquier actividad no se piensa ya en términos de relaciones espaciales, sino sólo temporales. La idea reguladora es desde ahora la de una *Angelopoli* absolutamente desarraigada. Esta es también la idea reguladora, o la filosofía de base, de la tecnología informática; más bien, por ello, la superación de los vínculos espaciales no representa más que el primer paso hacia la superación de los temporales, es decir, hacia la posibilidad de una forma de comunicación de verdad completamente *angelical* (los ángeles, en efecto, se entienden recíprocamente sin mediación alguna, en la inmediatez del simple pensar). Dicha forma de comunicación vuelve el espacio perfectamente indiferente y homogéneo; no presenta ya ninguna “densidad” particular, ningún “nodo significativo. Y naturalmente el efecto de su eliminación debería consistir, así se argumenta, en la perfecta transparencia y confianza d la información.

En efecto, si ellos no encuentran ningún obstáculo, si no tienen ya que ser “transportadores”, no sufrirán más malentendidos o equívocos. El mito o la ideología de la perfecta des-territorialización viene acompañado por el de una forma in-mediata de comunicación.

8. ¿Mito? ¿Ideología? ¿O debemos asumirlo como una tendencia efectiva de la vida contemporánea? Antes de juzgar este proceso deberemos comprenderlo bien. Incluso nuestros discursos que expresan pre-juicios éticos, morales, estéticos, se presentan en forma meramente axiológica; divididos entre apocalípticos críticos de la de-lirante metrópolis y sus apologistas, que banalizan problemas y contradicciones “transfigurándolos” en juegos o neofuturismos al uso. No hay duda que el territorio donde habitamos constituye un desafío radical a todas las formas tradicionales de la vida comunitaria. El desarraigo que produce es real. Todas las formas *terrenas* tienden a disolverse en la red de sus relaciones temporales. Por ello, es necesario que el espacio asuma exactamente el aspecto de una pura forma a priori, equivalente y homogéneo en todos sus puntos -es decir que la dimensión del lugar, la posibilidad de definir lugares en su interior, o de caracterizarlo según jerarquías de lugares simbólicamente significativos (como ocurría en la ciudad, pero también en la metrópolis), desaparezca. Ahora, ¿es posible vivir sin lugar? ¿Es posible habitar dónde no se dan lugares? ¿El habitar no ocurre allí donde se duerme y algunas veces se come, donde se mira la televisión y se juega con el ordenador doméstico? Sólo se habita la ciudad; pero no es posible habitar la ciudad, si la ciudad no dispone para el habitar, es decir si no “da” lugares. El lugar es donde nos *paramos*, es pausa -es análogo al silencio de una partitura. No se da música sin silencio. El territorio posmetropolitano ignora el silencio; no nos permite parar, “recogernos” en el habitar. Exactamente, no conoce, no puede conocer *distancias*. Las distancias son el Enemigo. Todo lugar en su interior parece destinado a *enrollarse*, a perder forma e intensidad hasta transformarse en nada más que un *pasaje*, un momento de la Movilización universal.

9. Y todavía: ¿no se está evidenciando una con-

tradicción que concierne a nuestra misma condición física más originaria? Pretendo referirme exactamente a la *physis*, en el sentido más propio. ¿Es concebible un espacio-sin-lugar allí donde “resistir” aquel lugar absolutamente *primo* que es nuestro cuerpo? ¿Cómo fundir este lugar en el continuo temporal? ¿O cómo reducirlo a función meramente dependiente de su desplegarse? ¿Si *somos* lugar cómo podremos no buscar lugares? La filosofía del territorio posmetropolitano parece exigir nuestra metamorfosis en puras almas, o en puras *dynamis*, energía intelectual, *Nervenleben*. Y, quizás, nuestra alma es verdaderamente *a-oikos*, sin-casa, como el eros platónico, ¿pero... nuestro cuerpo, la razón de nuestro cuerpo? ¿Podrá hacerse energía puramente *nomádica*? Y el *nómada* mismo ¿no tiene de cualquier modo más que hacer con el lugar, con el *nomós*? Pasa de un lado a otro, no se detiene en ninguno -pero sin embargo conoce siempre *lugares*. ¿Y qué cosa representan sus grandes *tiendas*, si no la casa, el lugar de su casa, que lo sigue donde vaya y que esencialmente habita? Puede ser que se llegue a un punto -como ya ha ocurrido en las “profecías” fantascientíficas- en el que nuestro cuerpo sea transmisible como cualquier información. Entonces, tal vez, el problema de su específica razón, y por consiguiente el del lugar y del habitar, estará “resuelto”. ¿Aquel hombre, será verdaderamente otro-hombre en todo y por todo? ¿Podemos imaginarlo en “transmisión” perenne, o no deberá, en algún momento, en algún punto, “tomar tierra”? ¿Será perpetuamente insomne y peregrino, como el alma en vuelo en torno al *Poeta en el Paraíso*, o deberá todavía detenerse? ¿Dónde? ¿En estaciones de “recargas”? ¿En distribuidores de energía? ¿O, todavía, en lugares? ¿Pero qué lugares? Ya que es evidente que este hombre no podrá reconocer como propios los lugares de los antiguos espacios urbanos y tampoco aquellos de la antigua metrópolis.

10. Este es, el fascinante y gran problema con el que se enfrentan todos aquellos, que con responsabilidad crítica y filosófica, afrontan la cuestión del territorio posmetropolitano, bajo los diversos perfiles de lo urbano, lo administrativo o lo arquitectónico. Ninguna reaccionaria nostalgia por la tierra bien fundada de la

urbs; ninguna nostálgica voluntad de restaurar-recuperar los lugares de la antigua *civitas*: estos “conatos” sólo podrían dar lugar a vernáculos “localismos”, a una vacía *Heimatkunst*. Sabemos que *Heim* es siempre también *Unheim*, que ninguna casa está “libre” de la posibilidad del exilio. Toda casa es siempre aquel lugar del que podemos tener que *partir*... Pero mientras tanto debemos rechazar “las fugas al futuro”, la ideología del “futurismo”. Una tendencia similar hace de la arquitectura un puro juego formal, le hace perder toda potencia *tectónica*, toda seriedad y responsabilidad. ¿Qué hacer, entonces?

11. En el espacio metropolitano subsiste todavía una precisa jerarquía entre edificios y “contenedores” que desarrollaban la función de cuerpos de referencia (en física se diría “cuerpos galileianos”). Sobre el “reloj” de estos cuerpos se dimensionaba la métrica del conjunto. La urbanística moderna está más o menos impulsada por la orientación que ellos garantizan, buscando racionalizar el uso del espacio desde sus bases. Todo cuerpo de referencia está llamado a desarrollar una tarea definida, tiene cualidades y propiedades específicas. Bajo este perfil el espacio metropolitano no difiere esencialmente del urbano -si no es por el hecho que trasciende todos los viejos confines, *lanzándose* a lo largo de las directrices de su movimiento.

¡Entonces, esta es la contradicción! De un lado, la esencia de la metrópolis consiste en irradiarse en un espacio como pura forma a priori; de otro, este irradiarse viene continuamente contradicho por la “gravedad” de los cuerpos de referencia que persisten. El tiempo de la metrópolis contrasta dramáticamente con su organización espacial, con la “pesantez” de sus edificios, con la *masa* de sus contenedores. Las *masas* de la metrópolis no se transforman en energía, sino que la absorben, la consumen. Exactamente lo opuesto a lo que ocurría en la ciudad, donde existe correspondencia entre los tiempos de las funciones, de los trabajos, de las relaciones, y la cualidad de la forma completa. Deberemos reencontrar esta correspondencia -pero es imposible proponiendo una *forma urbis* tradicional. Deberemos *inventar* corres-

pondencias, analogías, entre el territorio posmetropolitano donde vivimos y edificios, lugares donde poder *habitar*; es decir, “inventar” edificios que sean *lugares*, pero lugares para la vida posmetropolitana, lugares que expresen y reflejen el tiempo, el movimiento, que no reproduzcan la antigua segmentación de los espacios metropolitanos, que sean más bien *conexiones vivientes*.

12. Este problema ha sido abordado, pero las respuestas continúan apareciendo como inadecuadas. La existencia posmetropolitana continua siendo “congelada” en edificios cerrados (lo ha explicado bien Patricia Mello, *Metamorfosi dello spazio*, Torino 2002). A los contenedores tradicionales se añaden otros, pero con la misma lógica. Los contenedores se disponen según ordenes y motivaciones diversas respecto a los que todavía presiden la organización metropolitana, pero permanecen como contenedores. Como se ha visto, aumenta la coyunturalidad, el aparente arbitrio, en su colocación pero su cualidad es siempre la misma: cada uno tiene propiedades relativamente fijas, estáticas. A veces, parecen volver a la retórica de los “vastos estilos de la fuerza”, sobre todo para aquellas funciones que están perdiendo toda potencia: Parlamentos, Gobiernos, Tribunales, etc. Es como si todo edificio continuase pretendiendo valer como un cuerpo de referencia (por cuanto siempre con mayor fatiga, e incluso con efectos paroxísticos, ya que en la indiferencia del territorio es casi imposible *emerger* de verdad). Entonces, se multiplica el énfasis, la retórica del contenedor -y cuanto más aumenta, mayor resulta su pobreza simbólica. ¡Peor que la ciudad *Potemkin* “destruida”, en su tiempo, por el genio de Loos! Pero la persistencia de estos espacios cerrados, la resistencia que estos “cuerpos” ejercen contra el despliegue de la vida pos-metropolitana, es siempre claramente intolerable. Naturalmente, espacio cerrado no es sólo el edificio definido con base en una función, con una sola “propiedad” -, lo son también, y más ahora, los barrios residenciales y sus basta, donde viven sin habitar “gated communities”- espacios cerrados son los “parques de atracciones”, donde la misma diversión es “cronometrada”, como la enfermedad en los hospitales, la instrucción en la escuela o en los “campus”, la cultura

en los museos o en los teatros. Vivimos obsesionados por la imágenes y los mitos de la velocidad y la ubicuidad, mientras los espacios que construimos insisten testarudamente en definir, delimitar, confinar.

13. Tenemos necesidad de lugares donde habitar –pero estos no pueden ser espacios cerrados que contradicen el tiempo del territorio donde, nos guste o no, vivimos. El espacio metropolitano era todavía, por usar una metáfora extraída de la física contemporánea, un espacio de “relatividad restringida” (aquellos que habíamos descrito antes como “cuerpos galileianos”) –los del territorio pos-metropolitano deberán ser unos espacios de la “relatividad general”. En dichos espacios, según la teoría de Einstein, no sólo cualquier cuerpo debe poder valer como cuerpo de referencia, sino que los cuerpos deben poderse “deformar” o transformar durante su movimiento. La distribución de la materia en estos espacios mutará así constantemente e imprevisiblemente. El espacio completo resultará de la interacción de sus diversos cuerpos, elásticos, de-formables, capaces de “acoger” el uno al otro, de penetrar el uno en el otro, esponjosos, molusculares. Cada uno de ellos será polivalente no por que englobe en sí diversas funciones, “confinándolas” de nuevo en su interior, aprisionándola en sí –sino por que está relación íntima con el otro, por que es capaz de reflejarlo. En dicho espacio, todo “individuo” es como una monada que acoge en sí la totalidad, que tiene en sí la lógica de la totalidad: una *individualidad universal*. Por consiguiente, no se trata del todo de una operación enteramente ideológica de supresión del confín: cualquier cuerpo presenta confines, sufre al anularlos. Ni se trata de confundir “anárquicamente” las relaciones entre los diversos de los diversos lugares. Se trata más bien de acordar sin confundir, haciendo vivir el todo, la forma del todo, en la cualidad de toda parte. Ya nunca podremos sentirnos habitantes en lugares segregados del complejo del territorio; en lugares “protegidos” acabaremos por sentirnos todavía más “alienados” que en un vagón del metropolitano. No buscamos lugares separados, cerrados, protegidos para sentirnos “en casa”. Y sin embargo, precisamente, nunca podremos habitar en un tren, un automóvil, una estación, un aeropuerto... Podre-

mos tal vez habitar allí donde la urbanidad formal del lugar se acuerda con la universalidad de la información que recibimos, allí donde lo individual nos comunica lo universal. ¿Es posible imaginarlo? ¿Podemos proyectar nuestros “cuerpos” como instalaciones en el *anti*-espacio de la red informática, como nodos de la red, polivalentes, intercambiables? ¿Podemos construirlos como *sensores* (W.J. Mitchell, *La città dei bits*, Milano 1997)? Más rica y compleja será la información que recibimos, más móvil en el tiempo, menos “enraizada” en propiedades rígidas, su presencia suscitará más problemas, más responderá a las exigencias incuestionables del habitar. Nuestro habitar, de este tiempo –del tiempo del “general intellect” y de la Movilización universal– que no es, todavía, y jamás lo llegará a ser, la simple negación del tiempo de la utópica Angelopoli, totalmente desarraigada de toda métrica espacial. Son ineptas gnosi, hijas de una ingenua fe o, mejor, supersticiones en el “progreso tecnológico”. Para el territorio pos-metropolitano tenemos necesidad de una “arquitectura sabedora” de la que ya hablaban los antiguos: capaces de construir lugares adecuados al uso, lugares correspondientes a las exigencias y a los problemas del propio tiempo. Tenemos ciertamente necesidad de “ordenes”, pero cuya virtud consista exactamente en la modificabilidad y adaptabilidad. Tenemos necesidad de “ordenes” capaces de generar herejías.